

Matthew Kiem

The University of Sydney

Sidney, Australia

matthew.kiem@sydney.edu.au

<https://orcid.org/0009-0004-7091-7575>

ensayo

Sobre los límites del diseño

Resumen

Varias publicaciones recientes sobre teoría del diseño han cuestionado la esperanza y el idealismo que a menudo subyacen en las formas dominantes de pensar y hablar sobre diseño. Estos argumentos pueden relacionarse con debates anteriores que abordan cómo las restricciones estructurales de la práctica profesional limitan la capacidad de las personas que diseñan para generar cambios. Para ayudar a las personas que diseñan a pensar a través de la acción yendo más allá de los límites de la identidad profesional, se sugieren, como ideas, la “sociedad civil del diseño” y la “política infraestructural”.

Palabras clave

diseño

política

colonialidad

sociedad civil

infraestructura

Es fácil sentir abatimiento por el estado del discurso político del diseño. No porque no se diga nada interesante, sino por la sensación de que hay una brecha cada vez más amplia entre la seriedad de los desafíos que enfrentamos y las ideas y capacidades con las que contamos para trabajar. Aunque no se exprese en estos términos, parece ser que un estado de ánimo de este tipo motiva el tono deflacionario de algunas publicaciones recientes (Lorusso, 2024; Matos, 2023). Estos textos contribuyen a una línea existente de pensamiento que sugiere no solo que el diseño “ético” o “político” no ha cumplido con sus ideales, sino que dicho fracaso es una característica estructural del propio diseño.

El pesimismo sobre el diseño refleja tanto la magnitud de nuestros problemas como el estado del discurso sobre el diseño. En el mes en que escribo estas líneas, julio de 2024, se ha batido dos veces el récord de temperatura diaria más alta en la Tierra. A principios de este año, una encuesta realizada a 380 personas científicas del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático reveló que casi el 80 por ciento cree que las temperaturas medias aumentarán hasta 2,5 °C por encima de los niveles preindustriales antes del 2100 (Carrington, 2024). Casi la mitad cree que superaremos los 3 °C. Estas evaluaciones de las personas expertas contrastan de forma deprimente con el objetivo declarado del Acuerdo de París de 2015: mantener el aumento de las temperaturas “muy por debajo de 2 °C”.

Estas cifras reflejan una condición de fracaso: un fracaso de la política y del diseño, pero también de la justicia. Los Estados occidentales que acumularon su riqueza y su poder mediante la conquista, la explotación y el sabotaje siguen desempeñando un papel activo en el agravamiento de la crisis climática. Según el International Institute for Sustainable Development, por ejemplo, el Reino Unido, Estados Unidos, Canadá, Noruega y Australia son responsables en conjunto de más de dos tercios de las nuevas licencias de petróleo y gas concedidas desde 2020 (Milman et al., 2024). Las personas que han teorizado sobre la de/colonialidad sostienen que la colonialidad es una estructura de poder que perdura a pesar del fin del dominio colonial formal (Mignolo, 2011). El apoyo occidental al genocidio en curso de las personas palestinas subraya el horror de este poder, tanto por lo que es capaz de hacer ahora como por la manera en que probablemente trate a un número creciente de otras personas desplazadas y prescindibles en un planeta cada vez más inestable.

A menudo se pide a quienes diseñamos que veamos nuestra práctica en términos esperanzadores. Nuestra práctica está dedicada a dar forma a los contextos materiales y simbólicos de la existencia cotidiana, y nos formamos explícitamente en métodos para imaginar posibilidades nuevas, antes impensadas. Sin embargo, Carleton B. Christensen tiene razón al observar que esta imagen idealista pasa por alto los límites que imponen, a quienes diseñan, las realidades comerciales de la práctica profesional (Christensen, 2006). Ya sea como personas empleadas,

contratistas o dueñas de negocios, las personas que diseñan están sujetas en todas partes a la disciplina directa e indirecta de las presiones del mercado. Podemos diseñar, pero siempre bajo condiciones de límite y restricción.

Estos límites al profesionalismo son políticos: las personas y las instituciones poderosas no van a financiar o aprobar diseños que amenacen su poder, o al menos no en ausencia de una amenaza contrapuesta aún mayor. Ante estos límites, nuestras opciones para actuar requieren con toda seguridad alguna versión de lo que sugiere Christensen, esto es, ideas para influir en los contextos y condiciones del diseño más que en el mero acto de diseñar.

Christensen propone una “sociedad civil del diseño”. Con esto se refiere a fomentar la discusión y el debate público sobre diseño, donde el objetivo sea determinar un interés público en lugar de uno individual. Su modelo para ello es la cultura de los cafés de la Europa del siglo XVIII. El carácter informal de los cafés era importante por la forma en que proporcionaba una especie de infraestructura generativa entre —y más allá de— los ámbitos más regulados de la economía y la política. Para Christensen, el punto clave no es reproducir exactamente este modelo, sino reflexionar sobre las condiciones para un discurso específicamente público, en lugar de privado (o profesional), sobre diseño.

El argumento de Christensen requiere una evaluación crítica a la luz de la teoría decolonial. El café fue el resultado de la formación de una clase burguesa en las metrópolis de los Estados imperiales europeos. La imagen de lo “público” que promovía se basaba en los conceptos eurocéntricos y patriarcales de diferencia humana y virtud civil. Christensen identifica correctamente los límites de la práctica profesional como un problema para las personas que diseñan, así como la necesidad de una política que vaya más allá de esta forma de identificación. Sin embargo, evaluar su argumento desde la perspectiva de la política decolonial exigiría considerar cómo el concepto de “sociedad civil” asume o reproduce conceptos coloniales de ciudadanía y legitimidad.

El concepto de infraestructura puede ofrecer más posibilidades para pensar y actuar a las personas que diseñan. Sin sugerir que se trate siempre de una sola cosa, para Angela Mitropoulos (2012) la infraestructura es lo que sustenta los tipos de movimiento y relación que pueden desafiar las categorías y suposiciones dominantes. Como ella misma dice:

Lo infrapolítico construye baños en campamentos de personas sin hogar en Sacramento; evade los medidores de agua de prepago, los sistemas de control y las tuberías privatizadas de agua en Durban; formula vocabularios de reconfiguración en lugar de exclusión y estandarización; ofrece atención médica en las protestas contra las fronteras y a migrantes sin documentos; crea aplicaciones telefónicas para eludir el acorralamiento de la policía en

Londres; excava túneles bajo las fronteras nacionales, etc.; y más: lo infra-político, en otras palabras, replantea el activismo no como representación, sino como la provisión de infraestructura para el movimiento, generando inventiva nómada en lugar de una capacidad real (Mitropoulos, 2012, p. 117).

Por breve que sea este esbozo, nos orienta hacia una política de diseño que vaya más allá de la identidad, tanto de la de quien diseña como de la persona ciudadana. Mientras Christensen habla de la sociedad civil como una esfera basada en el reconocimiento de la racionalidad, la política infraestructural de Mitropoulos hace hincapié en las respuestas móviles y creativas a los asuntos de aprovisionamiento.

Si Christensen describe cómo el idealismo del diseño se ve invariablemente socavado por las limitaciones de la práctica comercial —una dinámica que de forma nada sorprendente da lugar al cinismo y la desesperación—, entonces Mitropoulos nos ayuda a reflexionar sobre lo que podría significar actuar más allá de una identidad profesional sin, al mismo tiempo, volver a caer en conceptos políticos que asumen gran parte de lo que intentamos deshacer. Ninguno de estos argumentos nos ofrece garantías para superar nuestras aciagas circunstancias, pero sí nos brindan algunas vías de reflexión que abordan seriamente el asunto de los límites estructurales. □

REFERENCIAS

- CARRINGTON, D. (2024, 8 de mayo). World's Top Climate Scientists Expect Global Heating to Blast Past 1.5C Target. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/environment/article/2024/may/08/world-scientists-climate-failure-survey-global-temperature>
- CHRISTENSEN, C. B. (2006). Popping the Bubble: The Ethical Responsibility for Design: Review of John Thackara's *In the Bubble*. *Design Philosophy Papers*, 4(2), 133–158. <https://doi.org/10.2752/144871306X13966268131631>
- LORUSSO, S. (2024). *What Design Can't Do: Essays on Design and Disillusion*. Set Margins'.
- MATOS, A. (Ed.). (2023). *Who Can Afford to Be Critical?: An Inquiry into What We Can't Do Alone, as Designers, and into What We Might Be Able to Do Together, as People*. Set Margins'.
- MIGNOLO, W. (2011). *The Darker Side of Western Modernity: Global Futures, Decolonial Options*. Duke University Press.
- MILMAN, O., LAKHANI, N., & WITHERSPOON, A. (2024, 24 de julio). Revealed: Wealthy Western Countries Lead in Global Oil and Gas Expansion. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/environment/article/2024/jul/24/new-oil-gas-emission-data-us-uk>
- MITROPOULOS, A. (2012). *Contract and Contagion: From Biopolitics to Oikonomia*. Minor Compositions.